

1

AUNQUE NUNCA HA MATADO, SABE CÓMO HACERLO. HA CRECIDO escuchando a su padre contar el modo en que despiezan animales en el matadero y, tras bucear durante semanas en Internet, conoce el mejor modo de hacerlo con seres humanos. Rápido, un solo corte, dos a lo sumo. Tampoco ignora que no le dará tiempo a nada más antes de que alguno de los dos despierte. Tras comprar el cuchillo de mango ancho y veinte centímetros de hoja afilada, cada tarde a la salida del instituto se ha acercado a practicar en un parque cercano dando tajos a los árboles. Los primeros días acabó con heridas en las manos, pero, tras forrar el mango con cinta deportiva, ahora puede hundir la hoja hasta el fondo.

Conseguir la medicina para adormecerlos fue más complicado. Pese a recorrer todas las farmacias de la zona de Lavapiés, nadie estuvo dispuesto a venderle tranquilizantes sin receta. Acabó encontrando en los cajones de la cocina unos orfidales que hace años habían prescrito a su padre y que él nunca había llegado a agotar.

Ha tenido que esperar a la noche del sábado, la única en la que su padre se queda hasta tarde viendo la televisión mientras toma un té

de menta. Tiene triturado el contenido de seis pastillas del fármaco en el bolsillo de sus vaqueros y lo esparce en la tetera humeante antes de que su madre lo lleve al salón. Su padre se toma sus dos tazas habituales sin advertir nada. Su madre, en cambio, no prueba el té, porque desde hace semanas le cuesta conciliar el sueño.

Desde su cuarto los observa entrar en el suyo, al final del pasillo. Bajan la persiana y cierran la puerta. Luego oye el sonido amortiguado de los cuerpos en la cama, con el crujido del somier que ha aprendido a reconocer y el clic de la lámpara de noche al apagarse.

Permanece horas en la oscuridad.

Se levanta con cuidado de su cama y abre la puerta. Asomado al pasillo, escucha los ronquidos de su padre; es un sonido regular que le proporciona tranquilidad. Sabe que los fármacos no serán suficientes para hacerle perder la consciencia, pero sí le llevarán a un sopor más profundo. Aunque intente reaccionar, ya será tarde.

Le preocupa más su madre. Algunas noches la oye dar vueltas en la cama e incluso levantarse para ir a la cocina. Lo hace sin molestar, como ha hecho todo en la vida.

Mira la pantalla de su móvil: 2:57. Ha fijado la hora exacta a las tres de la mañana, la hora en la que el sueño es más profundo, y recuerda la cita: «En la noche oscura del alma, siempre son las tres de la mañana». Se obliga a esperar de pie un minuto, dos, serenando los latidos de su corazón; pero lo cierto es que se advierte en calma. Nunca ha estado más seguro de hacer nada en toda su vida. Saca el cuchillo de debajo del colchón. La hoja afilada ofrece un destello gris. Debería empezar por su padre para neutralizar cualquier tipo de reacción, pero sabe que su madre se despertará en cuanto escuche el mínimo ruido. Comenzará con ella.

No tiene dudas acerca de lo que va a hacer; ha sido ordenado de

forma clara e inequívoca y lleva semanas aceptándolo. Tras todo ese tiempo ha conseguido vaciar su cabeza de imágenes sentimentales, remordimientos o excusas. Su único escrúpulo es que su madre llegue a saber lo que está sucediendo. Si consigue evitar la última mirada de ella, todo estará bien.

Esta misma mañana ha engrasado las puertas de toda la casa para que no hagan ruido. Empuja la puerta de su cuarto. Va descalzo, con sus calcetines de deporte gruesos. Por primera vez se alegra de la moqueta color crema que su madre se empeñó en mantener en toda la casa. Siempre la ha odiado, pero ahora sus pies se deslizan por ella sin provocar el mínimo sonido.

Llega junto al cuarto al fondo del pasillo y permanece junto a la puerta hasta escuchar dentro los ronquidos de su padre. De pronto se oye un crujido en la cama. ¿Es su madre incorporándose porque le ha oído fuera? Aprieta el cuchillo en su mano y cuenta hasta diez, tomando aire y dejándolo salir, con los ojos cerrados. Cuando los abre de nuevo escucha los ronquidos reanudados y ve la puerta cerrada iluminada en su parte inferior por la ventana del pasillo.

Tiene el cuchillo en la mano derecha, así que debe retorcer su mano izquierda para acercarla al picaporte de la puerta y girarlo. Es redondo y dorado, otro anacronismo de casa antigua que sus padres no han querido cambiar por dejadez o mal gusto; quizás solo por ahorrar un dinero. Abre la puerta unos centímetros, medio metro. Necesita segundos para vislumbrar el interior, porque sus padres duermen con la persiana bajada por completo.

Los ronquidos de su padre se hacen más intensos antes de que pueda reconocer su silueta a la derecha de la cama. El cuerpo al otro lado tiene que ser el de su madre, aunque aún sigue sin verla. Por un instante cree que no está allí. Respira otra vez de forma profunda

hasta distinguir un contorno de oscuridad junto a su padre. Definitivamente, hay otro cuerpo en la cama, alguien sin forma definida, sin cara, ojos o respiración.

Avanza hasta rodear la cama. Ahora sí consigue reconocerla, pero no puede saber si ella duerme o tiene los ojos abiertos. Levanta el cuchillo y ruega para que su madre no llegue a ser consciente de nada antes de que todo termine.